

La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina

Jorge G. Castañeda
México, Joaquín Mortiz/Planeta, 1993,
566 pp.

Nildo Ouriques

Bendecido por una montaña de elogios —que incluyó el *New York Times Book Review*, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Carlos Monsiváis, entre otros—, se publicó en México la versión de *Utopía Unarmed*, último libro de Jorge G. Castañeda que, en pocos meses, ya cuenta con una edición colombiana y otra brasileña.

Como ya señalamos en otra parte,¹ el autor, lamentablemente, cumple con lo prometido en el subtítulo de la obra al dedicarse a reconstituir de manera no rigurosa la historia de la "izquierda latinoamericana".

Entre los muchos problemas presentados por este libro, podemos señalar que resulta extremadamente difícil hablar de una "izquierda latinoamericana", cuando en ella incluimos al Frente Sandinista de Liberación Nacional (Nicaragua), los dirigentes de la revolución cubana, Sendero Luminoso (Perú), los Montoneros (Argentina), el Partido de los Trabajadores (Brasil) e, incluso, al Partido de la Revolución Democrática mexicano. Para ejemplificar la confusión que implica tal opción bastaría con preguntar: ¿qué existe de común entre Sendero Luminoso y el PRD mexicano para que ambos sean considerados expresiones de la "izquierda latinoamericana"?

En líneas generales, el libro presenta dos grandes problemas. El primero, son los errores fácticos que, en muchos aspectos, comprometen el análisis de Castañeda y revelan desconocimiento de la realidad latinoamericana. El segundo implica un debate para el cual la izquierda actual todavía no tiene respuestas: el

¹ Cf. Dieterich, Heinz y Ouriques, Nildo. "La utopía desarmada: Jorge Castañeda y la izquierda latinoamericana", en *Neoliberalismo, reforma y revolución en América Latina*, México, Nuestro Tiempo, 1994.

programa alternativo que supere los graves problemas que enfrentan las mayorías del continente.

Entre lo más grave de los errores fácticos, es indudable que la nueva versión ofrecida por Castañeda sobre las relaciones entre la política imperial de los Estados Unidos, por un lado, y el proceso chileno y la revolución sandinista, por el otro, constituyen dos momentos de obligatoria reflexión. El punto central es que Castañeda supone que un comportamiento más pragmático por parte de los dirigentes de estas experiencias revolucionarias y un decidido esfuerzo por buscar alianzas con sectores de la sociedad estadounidense hubiera podido cambiar el rumbo de las relaciones entre las partes en conflicto. Además, su apreciación de que la Revolución Nicaragüense "logró incluso la tolerancia, cuando no la aceptación entusiasta, de la administración Carter en Estados Unidos" (pág. 126) constituye una burda falsificación de la historia del conflicto.²

Pero el núcleo de la debilidad del libro son los capítulos finales (X-XIV) donde el autor presenta las vías por las cuales "la izquierda" debe superar sus debilidades y un esbozo de programa político por el cual debe luchar.

En esta dirección, es importante subrayar el peso que Castañeda le confiere al fin de la "ineludible e infernal lógica de la guerra fría". Superada esta fase de las relaciones internacionales, América Latina tendría mejores posibilidades de lograr una "agenda internacional viable y cierto grado de cooperación externa" (pág. 530) necesario para dicha empresa. Supone, además, una "autonomía paradigmática —a saber, que el apoyo de Estados Unidos a los programas económicos y sociales sea *neutral* (subrayado nuestro)—, un alivio de la deuda de mucho mayor alcance (de hecho, la condonación virtual)... " (pág. 531).

Tal apreciación representa un retroceso en relación a los avances políticos y de la misma ciencia social logrados en los últimos años en América Latina. La idea de que el fin de la guerra fría abre nuevas perspectivas para los países latinoamericanos en términos de desarrollo y bienestar, oculta el carácter imperial de la política estadounidense hacia la región que es anterior a la división del mundo en áreas de influencia, conocida después de la posguerra. Hay incluso quien afirme y no sin buenos argumentos —como el especialista en política externa norteamericana Noam Chomsky, por ejemplo—, que la Unión Soviética fue funcional a los intereses imperiales del gobierno norteamericano al enmascarar sus verdaderos objetivos con el viejo velo del anticomunismo y la defensa de los valores de la sociedad occidental.

² Todos estos puntos los demostramos en el artículo que, en coautoría con Heinz Dieterich, citamos arriba.

La pregunta es obvia: si los intereses imperiales subsisten, ¿cómo lograr grados crecientes de cooperación con Estados Unidos sin que ello implique profundizar la subordinación actual?

En segundo lugar, presentar como base de las nuevas propuestas de la "izquierda latinoamericana", la *neutralidad* de Estados Unidos o "de hecho, la condonación virtual" de la deuda es, por lo menos, un grave síntoma de ingenuidad ya superado por sectores de la "izquierda latinoamericana" hace muchos años.

Finalmente, el nuevo horizonte utópico por el cual debe luchar la "izquierda latinoamericana" estaría limitado, según Castañeda, a la construcción de un *welfare state* que incorporaría lo mejor del capitalismo alemán y japonés y descartaría el modelo anglosajón hasta ahora dominante en la cabeza de nuestras élites. Las medidas sugeridas por el autor constituyen una mezcla del modelo cepalino con algunos elementos "modernos" del neoliberalismo que desvían la discusión sobre la salida de la crisis que padecemos, hacia aspectos secundarios y no estructurales del desarrollo del capitalismo en América Latina.

El problema aquí no está en que este *welfare state* se pueda lograr con o sin la lucha de las mayorías empobrecidas del continente en contra de mecanismos de Estado y formas de dominación política crecientemente impermeables a los intereses populares, sino, como pensamos, en la incapacidad de viabilizarlo dados los elementos estructurales del capitalismo como realidad mundial.

Quizás aquí se revela la mayor debilidad de *Utopía desarmada*: su ruptura con una línea de reflexión crítica todavía existente en el continente, en nombre de un paradigma liberal de política y de Estado. Solamente así se explica la forma marginal o ilusoria con que son tratados elementos económicos determinantes en la elaboración de un programa alternativo para las mayorías en América Latina, como es la decisiva cuestión de la deuda externa.

Por la misma razón —la adopción del liberalismo como paradigma orientador del análisis y fundamento para la elaboración de un programa—, se explica la ausencia de una verdadera discusión sobre el poder político a lo largo del extenso libro. Se puede abandonar la "idea marxista de la lucha de clases" y el socialismo como opción alternativa al capitalismo, sin que con ello se limite el futuro de la izquierda a ser buenos administradores del Estado y del caos capitalista a que estamos sometidos; o aún apuntar como horizonte para amplios sectores sociales la condición de socios menores en coaliciones amplias en donde la izquierda pierda su razón de ser.